

arreglo á sus necesidades, y á un príncipe de la Casa real por Virey. También ofrecía ponerse de acuerdo con el rey de Cerdeña para arreglar los intereses de las dos coronas; pero Cavour exigía condiciones ofensivas á la dignidad de rey, y á la conciencia de Católico.

No bien se hubo promulgado la Constitución en Nápoles, cuando afluyeron á aquel punto todos los que se habían ausentado ó habían sido desterrados. Ministros y generales se presentan á porfía en la regia antecámara, pero para abrir-sela á Garibaldi: no se escaseó el dinero, y conocidas son las sumas enormes que se emplearon para desmoralizar y corromper á los guardias de policía, el ejército, la magistratura, la flota; y para inutilizar las máquinas y los timones.

Garibaldi, entretanto, reunidas bajo su mando las fuerzas que se habían organizado contra el Estado pontificio, atravesaba la Sicilia sin el menor obstáculo; y pasando por en medio de las armadas francesas é inglesas, desembarcaba en Reggio, ocupaba á Pizzo, Monteleone y Potenza; y después de haberse rendido y entregado las armas diez mil hombres del ejército Napolitano sin haber hecho la menor resistencia, ni disparado un tiro, y de haberse hecho proclamar dictador de las Dos Sicilias, continuó su marcha triunfal hacia Salerno.

1860. El rey Francisco con sesenta mil hombres que le quedaban de tropas regulares, cediendo á los consejos que le daban, se decidió á salir de Nápoles, y fué á guarecerse á las fortalezas de Capua y de Gaeta; pero cuando dió orden á la escuadra para que le siguiese, un solo capitán obedeció.

No bien había salido el rey de Nápoles, cuando el ministro Don Liborio Romano escribía: « Al invictísimo general Garibaldi, dictador de las Dos Sicilias », diciéndole: « Nápoles espera con la mayor impaciencia su llegada para saludarle como redentor de Italia, y poner en sus manos los poderes del Estado, y sus propios destinos, y entre tanto, añadia, yo espero sus órdenes con el mayor respeto. »

Si alguna que otra Potencia hacia observaciones, Garibaldi respondía diciendo: « que su objeto era la ocupación de Roma; y que allí ofrecería la corona de la Italia Una á Víctor Manuel á quien correspondería libertar el reino Veneto, bien fuese por medio de convenios, ó por la fuerza de las armas, á lo cual no podría negarse el rey bajo pena de perder su popularidad. »

Había, sin embargo, que vencer al ejército borbónico, cosa no tan fácil de conseguir con fuerzas de aventureros mal organizadas. Por otra parte, esto de recibir la corona de Italia de manos de un capitán de aventureros mercenarios, era una

cosa que no agradaba á Cavour; y mientras que Garibaldi se mofaba de los tratados, él sabía muy bien que ante el peligro de ver estallar una conflagración general provocada por aquellos aventureros, podría dejar de observar el principio de la no intervención.

Entre tanto, el rey del Piamonte, que, con perjuicio del Papa, había hecho ocupar por sus tropas las Marcas y la Umbría, ordenó á su ejército que pasase el Ofanto.

Cavour, que hablaba de libertad con Mazzini, y de una sola Italia con Garibaldi, les decía á las potencias: « Si nosotros no llegamos al Voltorno antes que Garibaldi pase la Católica, la monarquía está perdida, y la Italia queda hecha presa de la revolución. » Víctor Manuel, á la cabeza de su ejército se dirigía en persona hacia Nápoles: ¡un rey contra otro rey primo suyo y aliado!, pero bajo el pretexto de restablecer el orden, salvar al mundo de la república, y establecer la paz perpetuamente. De este modo, el ejército napolitano se encontró cogido entre dos fuegos, fué bombardeado por la escuadra; y una vez deshecho, después de haber sido derrotado en Garigliano, pudo entonces completarse la conquista de Nápoles.

El rey Francisco encerrado en Gaeta, « defendía con heroica resistencia mucho más que su propia corona, la independencia de la patria común », pero después que se retiró la escuadra francesa que había prometido defenderle, tuvo que ceder, y se ausentó del reino.

No manifestándose muy satisfecho Garibaldi con aquella pronta é incondicional anexión de las Dos Sicilias, á fin de darle una apariencia de legalidad, se quiso consultar al pueblo por medio de un plebiscito, el cual dió el resultado acostumbrado, esto es, se aprobó la fusión. Cavour, que no había previsto ni esperaba obtener tan fácilmente la victoria, ahora trabajaba con empeño para arrancársela de las manos al héroe que se atribuía á sí solo, lo que no era más que el resultado de la debilidad ajena, y de las traiciones. Espantoso era el desorden y cual puede imaginarse durante el interregno del derecho y de la justicia cuando á las gentes honradas, á los hombres de bien que se respetan á sí mismos, y á quienes sirve de freno su propia conciencia, se substituyen hombres sin fe, ni moralidad de ninguna especie, para quienes el único freno es la fuerza que entonces no existía. Así, pues, no podía ser mayor el desorden que reinaba en Nápoles y en Sicilia. Queriendo obtener la corrupción política, se fomentaba la corrupción moral, como si el nuevo orden de cosas llevase consigo el olvido de todo deber religioso y social, y el desprecio de toda autoridad: de este modo el asesinato se enorgullecía, la prensa confundía todas las ideas de

22 de setiembre.

1861. 13 de febrero.

justicia, y creaba á su sabor, héroes y demonios.

Se hizo venir á Víctor Manuel, que habiendo entrado en Nápoles, llevando á su lado á Garibaldi, dirigió una proclama en la que decía: « Mi política servirá en Europa para reconciliar el progreso de los pueblos con la estabilidad de la monarquía. Yo cierro en Italia la era de la revolución. » No tardó, sin embargo, en volverse á Turin bastante incomodado, en donde, al inaugurar el Parlamento anunciaba: « que en Gaeta se cerraba para siempre la serie de nuestros conflictos civiles, y que la Italia, libre y unida, sería para la Europa una prenda de orden y de paz, y un instrumento de la civilización universal. »

Algo más escabroso parecía el invadir los Estados Pontificios, puesto que hacia muy poco que las grandes Potencias habían declarado ser estos Estados necesarios para la independencia del poder espiritual.

Se ha dicho que en el fondo de todas las revoluciones está siempre la cuestión religiosa: de la italiana puede decirse que estaba en la cabeza. En primer lugar se empezó esta revolución con una exaltación eclesiástica, proclamando al Papa como el regenerador de la civilización corrompida, y especialmente como el redentor de Italia; así, debía ser su rey (1). Esto no obstante, no tardó en venir la reacción, y Pio IX fué calificado de traidor á la causa nacional. El Parlamento subalpino se complace en poner trabas á la autoridad eclesiástica, hasta en el ejercicio de la administración de sacramentos, y en el supremo derecho y deber que tiene de instruir y dirigir las conciencias. Ahora que se había vislumbrado la posibilidad

(1) Pero Pio IX no se hacia ilusiones, y el 13 de mayo de 1848 escribía á Carlos Alberto, diciéndole:

Majestad:

« Los negocios de Italia se van complicando, y yo me creo en la obligación de dirigir á V. M. algunas palabras. Hay un partido que trabaja incesantemente por reducir la Italia á una sola nación, lo que equivale á decir, por la destrucción total de la península. Se habla con ahínco de unir la Toscana al nuevo Reino Uno, y las tentativas anárquicas de Nápoles podrían muy bien tender al mismo objeto. Quizas en Bolonia misma se propagan iguales principios. Un reino de Italia Uno es cosa imposible de obtenerse; y por otra parte, las tentativas de semejante unidad sirven admirablemente para allanar la vía á los deseos republicanos; y creo que esto sea contra los designios de la Providencia.

» Después de esto, es bien fácil el ver cuantos otros perjuicios y cuantas heridas podrían causarse á los dominios de la Santa Sede, cuyos derechos Nos estamos dispuesto á sostener por todos los medios que nos sean sugeridos por la justicia. » En este estado aflictivo de cosas, me dirijo á la conocida religiosidad de V. M. con el fin de que se digne interponer la influencia que su alta posición le da derecho de ejercer, procurando por su medio el evitar á la Italia los males gravísimos que se producirían con las tentativas de un sistema absolutamente inaplicable; males que V. M. con su elevada perspicacia no puede menos de deplorar. »

PIUS PONT.

de reunir toda la Italia bajo el solo cetro del rey del Piamonte, se negaba al Papa hasta el derecho de tener un pueblo independiente bajo su dominio.

Á los primeros rumores de la guerra, los Católicos de Francia previeron que sería amenazado el imperio pontificio; de tal modo que Napoleón creyó necesario el tranquilizarlos dándoles algunas explícitas seguridades de que no sería la revolución la que pasaría los Alpes, sino el estandarte de San Luis. El Ministro Rouland dirigió una circular á los Obispos franceses, diciéndoles, y asegurando que: « el Emperador había pensado en ello, en presencia de Dios, y que su sabiduría y su lealtad, bien conocidas, no velarían menos por la religión que por el país: él es, añadia, el más firme sosten de la unidad católica, y quiere que la cabeza de la Iglesia sea respetada en todos sus derechos, como soberano temporal. » Sin embargo, no se hacia ilusiones más que el que quería hacérselas. Desde el Piamonte se lanzaban continuamente en las Legaciones excitaciones, órdenes de no pagar las contribuciones, escritos incendiarios, amenazas. Así fué que Bolonia no tardó en sublevarse derribando el escudo pontificio, y proclamando la dictadura de Víctor Manuel; y después de ella, hicieron otro tanto Forlì, Ravena y Ferrara, aunque sin graves tumultos ni venganzas,

Napoleón repetía « que no pondría obstáculo á la libre manifestación de los deseos populares, » y al mismo tiempo protestaba ser custodio del Estado que se había dejado al Papa; pero un opúsculo francés titulado *El Papa y el Congreso* proponía que se le conservase la soberanía, limitada solamente á la ciudad de Roma, y con un pequeño radio territorial á sus alrededores. Sin dejar de aplaudirle los periódicos sostenían que, restaurar al Papa en Bolonia era imposible, como lo era también el volver á colocar en sus Estados á los príncipes de Parma, de Módena y Florencia; y que se debería aceptar la anexión de la Emilia, como de la Toscana.

Los Franceses se han mostrado siempre dispuestos á sostener á los que se ven amenazados, y principalmente á los Pontífices, y esto, hasta los adversarios mismos de su rey. Muchos de ellos se alistaron voluntariamente con aquel objeto, y á su cabeza se puso Lamoricière, héroe de la campaña de África, ministro en tiempo de la República, y desterrado por Napoleón. Este general venía ahora decidido á combatir por la religión y por la civilización. Carácter heroico, genio amable y positivo, severo con la disciplina, afabilísimo hasta con las gentes de la clase baja, aconsejaba al Pontífice que aceptase la idea de la federación italiana estipulada en Villafraanca, dando por este medio satisfacción

1860.

á las aspiraciones nacionales, sin lastimar las tradiciones.

Hijos de las primeras familias francesas y romanas acudieron á alistarse bajo su bandera, y si bien los nuevos Estados italianos conocieron que se armaban solo para la defensa, resolvieron desembarazarse de estos defensores. « El rey Sardo, conmovido por los males de aquellas poblaciones, manda el ejército á la frontera pontificia, y los generales Fantí y Cialdini excitan á las tropas á marchar contra hordas de gente perdida que hacían más mal que las de Giulay y de Urbano. »

18 se-
tiembre

La victoria quedó en Castelfidardo por los invasores, Ancona capituló, y la campaña se concluyó en diez y ocho días, habiendo costado á las tropas pontificales mil hombres, y quinientos setenta y nueve á las tropas reales. Las Marcas y la Umbria con los comicios se agregaban al Piamonte.

Á ménos que el espanto causado por la revolución no hubiese hecho perder el sentido de la moral, la diplomacia europea no podía eximirse de hacer siquiera alguna apariencia de protesta contra la violación del derecho público de gentes. Despues de haberlos dejado consumir, el Emperador de los franceses calificó aquellos actos de felonía y violación de los mutuos convenios, puso tropas en la frontera del territorio que se le había dejado al Papa, para impedir el que los Piamonteses avanzasen; retiró su embajador de Turin, y reforzó el cuerpo de observación en Roma.

Á pesar de esto, fué declarado el reino de Italia y preconizada por capital Roma, verificándose así aquella unidad que Cavour y Azéglío y otros varios habían tenido como ilusoria y calificado de locura, y á la que solamente los Mazzinianos anhelaban, pero republicana. Cuando despues de concluida la epopeya, se empezaba la obra prosaica de refundir en uno solo tantos países diversos, de contentar tantas ambiciones, de saciar tantas codicias; y bajo pretexto de formar una gran nación, extinguir las individualidades que la componen, y hacer salir el orden de en medio del espantoso desorden que reinaba; entonces moría Camilo Cavour. Hombre lleno de astucia y diplomacia, engañoso en las palabras, despreciando á los hombres cuanto es necesario para servirse de su inmoralidad; de conservador religioso que era, se hizo revolucionario sin tener por eso gran fe en la revolución; obedeciendo á las voces de abajo, mientras que aparentaba contrariarlas. Siendo opuesto á la demagogia, la fomentó cuando le pareció serle un instrumento útil para sus proyectos; se puso á su remolque, sin participar de sus pasiones, y cosió su escarapela en las dos cascacas de Carlos Manuel. Árbitro de la Cámara

1861.
6 de ju-
nio.

desempeñaba tres ministerios á un tiempo, obrando él solo en vez de todos sus colegas: despidió ó hizo que se despidiesen ellos mismos á más de cincuenta individuos que formaron parte de su ministerio, arrojándolos como se arrojan las naranjas cuyo jugo se ha exprimido. El público se alborataba y la Cámara palidecía cada vez que amenazaba de abandonar el ministerio, como lo hacía cuando se trataba de limitarle una absoluta confianza. Mientras que sus sucesores tiemblan y cambian de parecer ante los periódicos, los bufones ó los hidrófobos, él los acaparaba y los compraba, sabiendo cuanto costaba la conciencia de cada uno de ellos; risueño, siempre alegre, epigramático, tocando las cuerdas vulgares del interés, introducía de este modo la corrupción que contaminó la regeneración italiana. Él era el núcleo, la clave de aquellas vastas intrigas que trastornan el mundo político, porque poseía el secreto de girar al rededor de Napoleón, y porque los hombres influyentes entre la plebe que hacen mover el pueblo, confiaban en el secreto que sabía guardar, en su astucia, y en la destreza y obstinación, que mostraba. Siendo bastante rico, él no robó, pero dejaba robar; con el libre cambio sacrificó á la Inglaterra todas las manufacturas italianas, y castigó á los hombres más emprendedores. Á él es debida la cesión de Niza y de Saboya. Designó á Roma como capital del reino, únicamente para evitar los celos y la concurriencia entre Turin, Milan y Nápoles. La fórmula de « *La Iglesia libre en el Estado libre* », fórmula que tomó prestada de los Franceses, no tardó en arraigarse en todas las cabezas, pero bien pronto se conoció que esto no era más que un expediente para ganar tiempo, un juguete, una engañifa para aquellos á quienes gusta crear aptitudes ambiguas para sacar partido de ellas. Cavour se valió de los patriotas que se le habían vendido para derribar, pero no empleó á los buenos para edificar: no pensó en reformar el Estatuto; pero sí en destruirlo ó desnaturalizarlo por medio de las interpretaciones que hacía de él. No se sirvió de la dictadura moral para abatir á los verdaderos enemigos republicanos y socialistas, dándose por satisfecho de haber agrandado su Piamonte y humillado al Austria que él odiaba mucho más que no amaba á Italia. Para la primera parte del programa, que es la de destruir, bastan los insensatos y los furibundos; para reconstruir es necesario emplear hombres de buen sentido, de carácter, de conciencias íntegras, de entendimientos adoctrinados; experimentados estadísticos, conocedores de la historia y de la tradición; hombres que respeten al hombre; sus creencias y sus costumbres, ¿los tenía Italia?

El Emperador de los Franceses como en com-

pensación de la pérdida de Cavour, condescendió en reconocer el título de rey de Italia que había tomado Víctor Manuel II, protestando, sin embargo, por la incolumidad de Roma y del Papa, y rechazando toda mancomunidad en empresas capaces de turbar la paz de Europa; y el reino de Italia fué reconocido no solo por la Prusia, sino tambien por la Rusia (1), tutora de las ideas conservadoras y de la legitimidad monárquica, y amiga del rey de Nápoles; pero la una y la otra sintieron la necesidad que tenían de disculparse á la faz de la Europa, declarando que no aceptaban más que el reino de hecho, y de ningún modo las conquistas ya consumadas, á fin de no atenuar ni lastimar el derecho de tercero, haciendo despues expresa reserva respecto á las futuras ocupaciones con que trataban de asegurar las posesiones dejadas al Papa y al Austria.

La Francia aseguró que este triunfo obtenido por la revolución sobre los tratados era debido á sus buenos oficios, á querer arreglar las cosas, así de Polonia y Oriente como de Italia, y á la necesidad de reunir un Congreso con el objeto de ver si era posible el que se uniesen todas las Potencias de Europa para sofocar el incendio que amenazaba abrasar el mundo, induciendo al Austria y al Papa á reconocer los hechos consumados.

Pero la situación en que se hallaba el nuevo reino estaba muy lejos de ser buena. Los primeros tiempos de toda revolución son siempre infaustos. Entre la pujanza de la hez del pueblo y el capricho de cada uno que se cree deber poder olvidarse de todo, y tener el derecho de pisotearlo; entre la ruptura, y el abandono de las tradiciones que son un verdadero derecho, están la ineptitud de los gobernantes y el desarreglo de la Hacienda. En el reino napolitano se formaban partidas de terribles bandoleros contra las que fué preciso adoptar toda la rigidez de las leyes, de los suplicios; emplear hasta el incendio; hacer una verdadera carnicería y servirse de otros medios capaces de degradar hasta las edades mas salvajes.

Despues, había dos espantajos contra la autoridad ministerial mal asegurada; Garibaldi, hijo del pueblo, grosero de maneras y sin instrucción de ninguna clase, había crecido en importancia por los elogios tribunicios de Mazzini que era el hombre de principios, mientras que aquel era el hombre de acción. Los Mazzinianos le magnificaron y engrandecieron, presentándole como capaz de capitanear la insurrección italiana; pero no tardaron en indis-

(1) El 30 de marzo de 1861 lo había reconocido ya la Inglaterra; la Suiza el 2 de abril; el 6 los Principados del Danubio; el 11 la Grecia, el 13 los Estados Unidos; el 15 Méjico; y los últimos en reconocerlo fueron, Portugal, la Turquía y el Brasil.

ponerse con él cuando, tan luego como desembarcó en Génova en el año de 1848 ofreció su espada al servicio de Carlos Alberto: sin embargo de esto, no pasó mucho tiempo sin capitanear á los republicanos de Roma. Á la caída de estos, emigró; pero, vuelto á llamar despues, por creerle necesario para revolucionar los pueblos, se metió en el bolsillo el gorro frigio. Brazo, pero no cabeza, su carácter es el de la acción, se indispone con las gentes bajas de su clase, por lo que se lamentan sus amigos y sus detractores se rien. Es verdad que tambien una cabeza más fuerte que la suya resistiría difícilmente los incienso y el clamoroso aplauso que le prodigaba el mundo entero. Ensalzado en su amor propio, y nunca contradicho, está persuadido de que segun lo que él piensa todos deben pensar lo mismo: fuerte, porque es sincero, es escuchado por los estudiantes y artesanos que acuden á su llamamiento; en los discursos y en los escritos suyos se responde á sí mismo (1): no organiza comicios ó meetings, y no conoce más que la insurrección armada y la demolición; apóstol de todas las revoluciones que haya que hacer, de todas las nacionalidades que haya que constituir, ha hecho la Italia como soldado aventurero y como tal la desharia. Parece un milagro que en medio de todo, este hombre no buscase ni empleos, ni condecoraciones, ni sueldos.

Aborrecía á Cavour que era el que había vendido á Niza, patria suya: detestaba á los curas y á lo que en su concepto era el mayor enemigo de la Italia, esto es, el Pontificado; llamaba á Pio IX un vampiro, un metro cúbico de estiércol; y atribuía á la Iglesia todo cuanto hay de perjudicial y de odioso, la calificaba de obscena discordia de Italia, de devoradora de la hacienda, y hasta le achacaba ser la causante de los desastres naturales. En el tumultuoso Parlamento pedía un millón de soldados con los cuales, decía, que no solo arrojaría al Papa de Italia sino tambien al Austria, invadiéndola por el Montenegro y penetrando en Hungría, mediante las inteligencias que tenía en el país: que atacaría por retaguardia el cuadrilátero, y que reconstituiría la Europa sobre un nuevo sistema. Mientras tanto organizaba comités, recorría la Italia, gritando « ¡O Roma ó la muerte! predicaba la devoción á la santa Carabina y hacía tentativas para invadir el Tirol. Impedido de hacerlo, ansiaba apoderarse de Roma, blasfemando contra Napoleón porque no se lo permitía; corre á Sicilia entonces y la atraviesa triunfante; desembarca en Reggio, pero el ejér-

octubre
1862.

(1) Garibaldi en los *Mil* escribe de los aldeanos diciendo: « Esta clase robusta y laboriosa no nos pertenece á nosotros sino á los curas, á los que está ligada con los vínculos de la ignorancia. No hay ejemplo de haber visto uno solo de ellos entre los voluntarios. »

cito italiano le sale al encuentro en Aspromonte en donde es herido y hecho prisionero, y vuelto á enviar á la isla de Caprera. Simultáneamente los Mazzinianos, sirviéndose de la prensa, y no desdeñando las adulaciones y lisonjas, se agitaban extraordinariamente y hacían varias tentativas, aunque infructuosas, mientras que la masonería trabajaba ocultamente, sin llamar la atención, ni meter ruido, pero de una manera eficaz, para falsear las tradiciones y destruir las creencias; para ello multiplicaba sus logias, siendo su principal objeto la ruina del poder temporal del Papa, como medio para destruir después, y hacer desaparecer, si posible fuese, el poder espiritual.

La Rusia, la Inglaterra, y la Prusia secundaban también esta obra, no por amor á Italia, sino por odio religioso. Tampoco desagradaba principalmente á la Francia que, tanto por la ineptitud, ó por la imprudencia de los Gobernantes de Italia, como por los desmanes de una prensa sin pudor, de una indisciplina general, de un enorme desfaldo de la Hacienda, de un bandolerismo indómito, veía la imposibilidad de impedir que no fuese perturbada la paz de Europa de un momento á otro. Á las dificultades inherentes á la transformación de un reino, se agregaban otras varias, tales como: el suponer que, para mantener la unidad, fuese necesario el dar á toda la Italia el Estatuto, las leyes, el ejército y los empleados del Piamonte. Pasadas las primeras necesidades del momento, doliánse también de esto aquellos mismos que más habían coadyuvado á constituir esta unidad; se sentía la necesidad que había de emanciparse de Turin, por estar demasiado próximo á los Franceses y á los Austriacos, y se creía que la ciudad más digna de ser la capital, era Nápoles. Pero, ¿Quién se atrevería á proponérselo al Parlamento y al Rey? Napoleón, sin embargo, bajo cuyos ojos se urdía la trama, prometió que en tal caso retiraría su guarnición de Roma; lo cual era completar la independencia, y de este modo fué como se pudo obtener el consentimiento del rey; pero los militares demostraron la mala posición estratégica que ofrecía Nápoles, é hicieron que se prefiriese á Florencia, mediante un convenio, según el cual se la declaraba capital del reino, y se prometió no tocar á Roma. Al anuncio inesperado y fraudulento de esta determinación, se alborotó Turin, y la tropa hizo estragos entre los inermes ciudadanos. Ya puede pensarse cuán grande sería la indignación general que excitó semejante proceder.

La Monarquía, pues, acababa de ser trasladada á otra parte, y Turin que fué, no solo cruel, sino villanamente ultrajada, quedaba reducida á volver á ser simple ciudad de provincia, como lo era en tiempo del rey Arduino, manifestando

1861.
13 de
tiembre.

21 de
tiembre.

el gran dolor de su descoronación, así como Parma, Módena y Nápoles; pero sabiendo á lo ménos remediar y compensar, en parte, este despojo por medio de su actividad y del respeto de sí misma.

VI

EXPEDICION DE MÉJICO. — AUSTRIA Y PRUSIA.

La guerra de Italia aumentaba la gloria de la Francia, que había creado una nación, conquistado á Niza y á Saboya, domado á la Rusia y reparado los desastros del paso del Berezina con la victoria de Alma. Persuadido Napoleón de que tales grandezas consolidarían su dinastía, se propuso refrenar el torrente de la revolución y el desbordamiento de los ríos; pero el Loira, el Ródano y el Garona saliendo de los límites naturales de su curso, inundan el país y causan mortíferos estragos: en el interior los hombres de orden se separaban del Gobierno por causa de la cuestión romana; en el exterior los sucesos de Italia causaban terror á todos, no pudiendo prever adónde iría á parar aquel misterioso propósito de rasgar los tratados de 1815, y de vengar á Waterloo. La Bélgica y la Suiza trataron de ponerse á cubierto por medio de una neutralidad que fué reconocida legalmente; otro tanto hicieron los Príncipes de Alemania: no se quería ni retirar las tropas, ni desarmarlas. Se decía que el Austria deseaba reparar sus pérdidas de territorio adquiriendo todo el de la parte del Danubio; que la Inglaterra quería hacer de la Sicilia una Malta mayor, y mientras que en Spithead había desplegado con grande ostentación fuerzas marítimas extraordinarias, se esforzaba en hacer sentir su influencia en todo el mundo, por medio de sus Bancos. Napoleón, pues, en vista de esto, conoció que tenía necesidad de apartar de sí la atención pública de la Europa, provocando nuevas guerras.

Mientras que España se hallaba ocupada por las tropas de Napoleón en 1810, la aristocracia y el Clero de Méjico alzaron la bandera blanca y azul de los antiguos Monarcas aztecos, con la imagen de la Virgen de Guadalupe, y se sustrajeron de la dominación de España. Pero cuando se creía que con la independencia el país se haría floreciente; Méjico, bien fuese con República, ó con imperio se transformó en un país inquietísimo y turbulento, y desde el año de 1821 al 1863 hubo en él doscientas cuarenta insurrecciones militares.

Los Estados Unidos, que envidian y codician aquel país riquísimo, que posee y domina las posiciones más ventajosas para el comercio interior y el exterior, le tomaron la mitad de su territorio, y excitan en él continuamente distur-

bios y discusiones que concluyen siempre con violentas anexiones. La Europa que se ha mezclado varias veces en estos continuos conflictos, concibió la idea de tranquilizar las antiguas posesiones españolas, estableciendo en ellas la monarquía, empezando por Méjico. Olvidándose del ejemplo de Iturbide que, después de haber conseguido hacerse proclamar Emperador, concluyó por ser fusilado; olvidando la dictadura de Santa Ana, la España intentó colocar en el trono de Méjico á un Infante, pero la expedición falló.

La Francia había enviado ya una escuadra á aquel país para castigar el asesinato de uno de sus cónsules; y después, para obligar al gobierno á pagar las grandes deudas que había contraído con Bancos franceses é Ingleses; y ahora combinó el envío de una expedición de acuerdo y en unión con la España y con la Inglaterra. Las flotas de estas dos últimas naciones no tardaron en retirarse, y Napoleón III continuó solo la guerra, aunque con desaprobación de toda la Francia, pero con el objeto de favorecer la casa de Banca Jecker. Movidó por su idea humanitaria de curar un país tan grande como media Europa con siete millones de habitantes, hecho juguete de algunos miles de aventureros; pensó establecer en él otro elemento de aquella su federación latina, ofreciendo colocar en él, como Emperador, al Archiduque Maximiliano, aparentando con esto querer dar una compensación al Austria por la pérdida de la Lombardía.

Aquella se había propuesto reparar sus pérdidas en tierra firme haciéndose fuerte en el mar, único medio de defender el reino Veneto, y conservar la primacía en el Adriático. Maximiliano se dedicó á este objeto, y con su poética ambición se hizo construir un delicioso palacio en Miramar, sobre Trieste, desde donde, al mismo tiempo que guardaba la Italia, secundaba el incremento de la marina, que era un campo nuevo para el Austria.

Allí fué donde le llegó el mensaje de los Méjicanos, ó más bien de aquella porción de gentes que hablan siempre en nombre de la nación, ofreciéndole la corona, y Napoleón, por su parte, le dijo que no podía rehusarla: «Vuestro deber le repetía, es el de acceder á los deseos de las poblaciones que os esperan como á un salvador. Vuestra negativa sería mirada por toda la Europa como un acto de debilidad, y vos seriais tan culpable como yo sería vil, si no os sostuviere hasta el fin, con todas las fuerzas de la Francia.»

Maximiliano, aunque contra la voluntad de sus benévolo parientes, aceptó; y al despedirle Napoleón afectuosísimamente le decía: «Me habéis hecho el mejor servicio que podiais hacerme y por ello os estaré eternamente agradecido.»

Maximiliano desembarcaba en el territorio méjicano con la bendición del Pontífice y con los votos de las autoridades, animado de las mejores intenciones; los partidos reviven, y el que más particularmente se mostró desde luego fué el de Juárez, que era ya presidente, y representante del partido nacional contra el extranjero. Esto dió lugar á que nadie saliese bien librado, ni resultase ningún bien de esta empresa. Napoleón retiró indignamente sus tropas, los Estados Unidos hicieron valer también la doctrina de Monroe, esto es, que los Europeos no se deben mezclar en los asuntos americanos. Se suscitan disensiones y conflictos con la corte pontificia, á la cual el Archiduque se mostraba tan adicto; en suma, el resultado fué que prevaleció la reacción nacional; y que faltando el dinero y la fidelidad, Maximiliano fué vencido y fusilado en Querétaro, y su mujer se volvió loca.

Con todos estos sucesos, la reputación de Napoleón quedó muy mal parada, con tanto más motivo que la Francia entera se había mostrado muy opuesta á aquella expedición, y además, se sentía un sordo rumor de guerra; de modo que al terminarse el año de 1866, todas las Potencias se encontraban armadas.

La unión del Sleswig y del Holstein al reino de Dinamarca ligó á este con la Confederación Germánica, é hizo acallar las pretensiones de los prelados y de los caballeros, y hasta de los diez príncipes que alegaban derechos de sucesión, entre estos la Rusia, que de este modo tomaría posición en la Alemania, al paso que si la Dinamarca se encontraba reforzada con la proyectada unión escandinava, la Rusia se hallaría encerrada en el mar Báltico lo mismo que en el mar Negro. Esto daba una grande importancia á los Ducados, y en los movimientos del 48 estalló el conflicto entre los Dinamarqueses y los Austriacos, los cuales, bajo la idea ó el pretexto de la nacionalidad germánica aspiraban á agregarse el Sleswig, fijando por límites de la Alemania el Eider. El rey Federico VII amplió la constitución en sentido liberal, pero el Holstein se sintió lastimado, y se insurreccionó, excitado por el duque de Augustemburgo que era otro de los pretendientes: la Prusia lo favoreció, y en seguida se promovió un conflicto complicadísimo como lo son todos aquellos en los que se quiere sustituir el cónon incertísimo de la nacionalidad, á la justicia y á los tratados.

En el choque entre la Constitución dinamarquesa otorgada por el nuevo rey Cristiano IX de Glücksburgo y los privilegios federales, se dieron y quitaron estatutos y leyes fundamentales: se quería hacer del Holstein un Estado independiente, mientras que el Sleswig quedaría anexado á la Dinamarca: con este motivo se multiplicaron los protocolos, las conferencias,

19 de
junio de
1867.

marzo
1848.